

TAN POCO TIEMPO, TODA UNA VIDA

Por Javier Alonso Aldama

Javo izango da hainbaten eskalatzaille gazteen artean eskalada onenak dituean. Picos de European, jende gutxi ibiltzen den toki batetan, bakarrik eskalada bat egiten ari den bitartean, pentsaketa batzuk darabiltza bere buruan.

Ascensión en solitario a la Torre Friero, espolón Norte. 22 de setiembre de 1978.

«En sí misma, toda idea es mentira o debería serlo: pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias».

E. M. GIORAN

Durante todo el verano albergaba en mí la idea de abordar una escalada en solitario en un lugar que no fuese terreno de escuela. Por fin el momento ha surgido sin esperarlo: Chusma y Tamayo, que se encontraban conmigo, han decidido de repente marcharse a casa. Ya me he quedado solo y en mi cabeza empiezan a hervir las ideas; unas vienen otras van. Poco a poco voy repasando las fichas de las vías que me gustaría hacer. Justo enfrente del refugio se encuentra la Torre Friero a cuya cumbre principal no he ascendido nunca. El espolón Norte, bien visible, efectúa sobre mí una gran atracción, ya desde antes de que estuviese abierto,

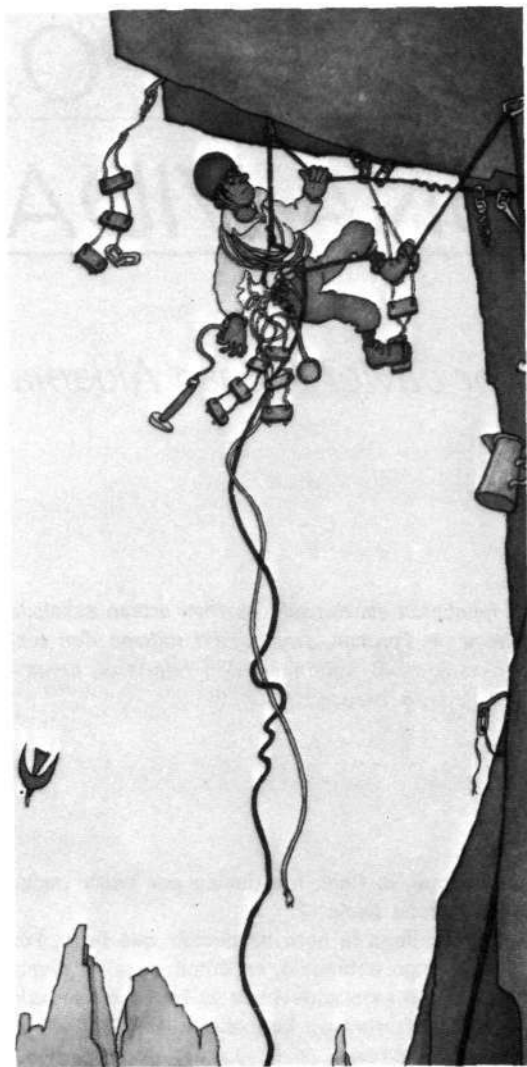
por lo que, al final, me decido por partir mañana temprano hacia él.

Ahora llega la hora de decidir qué llevo. Por lo que tengo entendido, es difícil, pero no demasiado. Poco tiempo después ya he escogido todo mi material: será un lazo para usar por el camino las zapatillas y en la vía los «pies de gato».

Se ha hecho de noche. Es fresca pero está totalmente jalonada de estrellas. Un poco de cenar y al saco, que mañana hay que madrugar.

Vueltas y vueltas, continuas miradas al reloj, voy, no voy —idea que me marea— o llevo la cuerda..., pero la experiencia y la forma adquirida durante casi todo un verano me dan la confianza para dejarla, levantarme, desayunar y salir corriendo antes de que me arrepienta.

Con las zapatillas por las pedreras, tengo que ir despacio por que si no corro el peligro de quedarme sin pies y también sin zapatillas, pues es el tercer par de este verano, y mi madre va a tomar la decisión de ponerme de patitas en la calle.



Dibujo de Samivel.

Ha amanecido, pero ese «alocado corazón celeste», como César Vallejo denomina a la luna, sigue ahí sobre el tapiz azul que embriaga todo mi techo. Se acabó la cuesta abajo y ahora toca subir. Esto ya empieza a costar unas gotas de sudor; en seguida me encuentro en la canal donde empieza la vía.

Aquí es la hora de la ceremonia de la escalada moderna: descalzarse, ponerse los «pies de gato» y apretárselos hasta que parezcan una segunda piel.

Como en un juego de equilibrio, poco a poco, voy ganando altura sobre el espolón. En estos primeros metros todavía se encuentra uno torpe y un poco frío tal como se queda durante el cambio de calzado, por lo que hay que extremar las precauciones.

Los rayos de sol que pegan sobre el flanco Este del espolón lo bañan a uno de euforia que va logrando ponerme a tono, hasta el punto de encontrarme como fuera de todo, de este lugar, de este tiempo, sentirme transportado a través del aire ligero de la mañana.

Una placa me vuelve a la realidad. Aquí la dificultad se hace sentir, pero mediante una escalada reflexiva, sin olvidar el precepto de los tres puntos de apoyo y comprobando cada presa, me sigo elevando. A pesar de eso, uno se siente invadido de la duda a medida que asciende más por este terreno difícil, ya que bajarse sin cuerda ni nada que se le parezca sería más comprometido; por eso lo mejor es la salida por arriba.

Todo ha pasado. De nuevo el trepar se convierte en algo instintivo, animal. Las manos aquí, los pies allí, continuamente variando como en una especie de baile sin tregua.

Soy despertado de nuevo por un pequeño corte que no puedo bajar. Me veo obligado a volver sobre mi camino y buscar un paso, pero al final se resuelve fácil.

Rápidamente alcanzo las fisuras de salida, que tienen fama de ser lo más difícil, pero por lo que me doy cuenta se hacen bien, ya que la roca es excelente. Una vez sobre la arista final, el sol calienta con fuerza, pero la luna sigue atenta como vigilando cada uno de mis pasos.

Jadeando y sudando gano el lugar donde un montón de piedras me señalan la cumbre. Unas miradas alrededor. El día es maravilloso y un poco de aire corre de un lado para otro, haciendo más soportable el calor.

Ya de bajada decido volver al refugio por la Vega de Liordes, puesto que el camino es más agradable y más apropiado para mi calzado.

Una vez en la Vega, me tumbo en la hierba después de un buen trago de agua, que debía tener algo porque una borrachera me embota los sentidos. Mirada aquí y allá, revolcarse sobre la hierba se ha vuelto una necesidad relajante, todo sigue en su sitio, nada ha cambiado, todas las piedras permanecen inmutables a nuestras acciones, pero ¿por qué habían de inmutarse?